

Máximo Huerta Con el amor bastaba

Máximo Huerta



Con el amor bastaba

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Máximo Huerta, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: abril de 2020

Depósito legal: B. 5.543-2020

ISBN: 978-84-08-22169-2

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión y encuadernación: Unigraf

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

No lo supe hasta que no me señalaron con el dedo. Cuando di aquel salto sobre el gigantesco charco, todos los demás niños chillaron alborotados expresando el desconcierto general ante la imagen del chiquillo que había apostado por saltar más que los demás. Un gran salto, el brinco de su vida. Fue una sacudida en los corazones de todos. Por primera vez, decidí coger impulso y, sin ninguna pirueta, saltar. Saltar de manera decidida, con la mandíbula apretada y los ojos fijos en el destino. Los pájaros que bebían agua en el charco salieron volando, los coches frenaron, el gentío se giró y enmudeció. Había dado un salto impresionante, inverosímil e inalcanzable. Porque había nacido con el don de volar.

Me llamo Elio Ícaro y, para comprender todo, es preciso entender a mi familia y, más concretamente, a mis padres: Sol y Dédalo.

—¿El pequeño ha volado? ¿O era un salto? ¿Ha sido cierto?

De la proeza no hubo pruebas, ni fotografías, el silencio posterior inundó la calle y las miradas pasmadas de todos los que se acercaban alumbraron la epopeya.

La historia arranca cierta tarde de verano, tras una tormenta con muchos rayos y truenos que al abrirse dejó las calles mojadas y los cielos azules como nunca antes se habían visto. El acontecimiento turbó al barrio. Las mujeres mayores, sentadas hasta ese momento en la otra acera con las sillas balanceándo-

se sobre las patas traseras, se taparon la boca amordazando el grito; las dos niñas que comían helado lo dejaron caer en el suelo, estampándose el rosa contra los adoquines y salpicando, también, las puertas del quiosco, donde se asomaba el dueño con las manos en el pecho en actitud religiosa; los hombres que descargaban butano tartamudearon con miedo a perder el equilibrio; era la turbación general en aquella tarde que cerraba el mes de agosto.

Otra cosa que impresionó al pueblo más todavía fue mi gesto feliz. Tenía una expresión por fin dichosa, una sonrisa apacible, radiante y tranquila, de pequeño gran ganador frente a los que siempre me habían señalado como el perdedor. Una especie de halo emergente que desde ese mismo momento me hacía diferente a todos los de mi especie; el gran cambio, la peripecia y el desenlace.

—Contádselo a la madre.

Fue lo primero que se escuchó. Era la voz del quiosquero. «Llamadla —dijo—. Llamadla inmediatamente.»

Recuerdo que en pocos minutos me quedé solo en la calle, porque la gente corría a avisar a los vecinos y se arrimaban unos a otros. La tormenta había dejado charcos, ninguno como el mío. En ese improvisado lago me vi la cara... y también observé cómo eran las de los demás.

El silencio huero del *shock* dio paso a la algarada, todos tenían algo que contar, tanto los que estaban allí cerca y me habían visto saltar como los que eran mensajeros cotillas que corrían con la noticia haciendo eses, murmuradores de chismes y demás habladurías. Así fue enredándose la historia.

Fue lo más parecido a cuando a la abuela se le escapaba el ovillo y este corría con vida propia por el suelo del comedor. Imposible devolver el hilo limpio, absurdo restituir el origen.

Uno de esos me tocó los mofletes y me apretó los brazos a la altura del hombro causando la envidia de mis amigos, ellos también querían rozarme, y los vi titubear para acercarse mientras me miraban desde el otro lado del charco. La Claudia, ve-

cina de mi abuela, estaba detrás de ellos, desesperada, agitando un sombrero que no era suyo.

Levanté la cabeza hacia la fachada del casino, donde brillaban tímidamente algunas luces de las letras de neón que acababan de encenderse. No tuve que mirar la hora del reloj. Eran exactamente las ocho de la tarde. Aquella tormenta de verano había dejado el gran charco, la gran apuesta, la decisión de saltar a la altura de mis tobillos. De improviso sentí hambre, me crujió el estómago y habló por sí solo, emitió uno de esos sonidos que parecen imitar las voces de los animales que te has comido a lo largo de tu vida y se rebelan para salir. Luego se calló. Y bostecé.

—Ese es el niño —dijo el policía.

Le di la mano. O me la dio él. Todo empezaba a ser muy extraño en mi cabeza; los chicos del barrio con la boca abierta, alucinando de asombro, el sobresalto de todos los viandantes, iluminados por mi maravilla, no tenían nada que ver con lo que había vivido. Había sido invisible hasta ese día. No estaba acostumbrado a ser el centro de atención y en ese momento lo era. El agente me cogió en brazos y me dijo que era un niño valiente, que era el mejor niño del mundo y que todos iban a hablar de mí a partir de entonces.

—Ícaro ha volado —dijo el quiosquero.

Salí de allí entre aplausos. Luego todo me pareció ficción. «El vuelo de Ícaro», tituló la prensa local.

Debía de parecer una estrella emergente en el pueblo con mi caminar risueño y mi sensación de haber conquistado a todos. En esa nueva felicidad en la que me hallaba, me pellizcaba las piernas para creérmelo y así andaba dando pequeños saltos.

Recorrí las calles, que me parecieron más pequeñas, saludando a los vecinos de siempre y a los que se asomaban a las ventanas para ver mi figura desconocida, como si me hubieran elegido alcalde, y atravesé mi barrio en dirección a mi casa.

Quería contárselo a mamá.

El trayecto se me hizo más largo de lo habitual por la can-

tividad de muestras de cariño que iba coleccionando en cada esquina. Así debe ser la fama repentina, supongo.

Enfilé la calle Carboneras, pendiente arriba, donde vivía mi familia paterna. La luz de las farolas atravesaba los plátanos y creaba sombras chinescas en el suelo, de modo que, alegre, fui jugando a dar más brincos entre las ramas proyectadas en el alquitrán. Mis pies eran más ligeros. Incluso yo lo era.

De improviso, sentí haber llegado.

La enorme estructura de la casa, de comienzos del siglo XVIII, sobresalía de entre el resto de villas de la calle. Yo no tenía apenas recuerdos de haber jugado entre esas paredes, y si los tenía, no se podían tocar, como los muebles.

Lo que estaba delante de mí era el salón de mi abuela Fidela, el sofá de terciopelo verde botella alumbrado parcialmente por la lámpara de flecos y el cuadro de ciervos escapando del cazador y de sus perros vigilando la casa.

El periquito anunció mi presencia aleteando resuelto en el columpio y dijo mi nombre varias veces: «Elio, Elio, E... E... Elio». Y en el aparador de las fotografías, la tele encendida escupía anuncios de publicidad a todo volumen.

—¿Elio? Elio, ¿eres tú?

Me pareció que lo decía la tele. Era un espacio grande, impresionante, lleno de sillones, pufs y alfombras con mesas grandes y pequeñas, tocadores, cómodas con figuras de avestruces, jarrones de flores secas, ángeles y perros de porcelana, velas derretidas y cajas de madera de taracea con nácar. Entre dos ventanales que daban a un jardín había una monumental chimenea con guirnaldas olvidadas de Navidad y bandejas con fruta de plástico. Y un reloj ennegrecido que no tenía más que una aguja y bailarinas de cobre oscuro. El color de las paredes, los muebles y los adornos era imposible de distinguir por la falta de luz. Pero todo estaba plagado de objetos. Siempre estuvo oscuro.

Unos pies torpes arrastrándose por el pasillo anunciaron la llegada de la abuela Fidela.

—¿Elio? Pasa, hijo mío.

Era su voz temblona.

—Pasa, pasa... ¿Qué haces aquí? ¡Virgen Santa! ¡Cuantísimo tiempo sin verte! Y decía la Consuelo que no vendrías a verme, que si tu madre tal, que si tu madre cual... En fin. Elio de mi vida. Estás igualito que tu padre a tu edad. Eres él. Talmente.

—¿Abuela?

Intrigado, arrastré los pies hasta ella para darle un beso. Olía a agua de colonia recién echada. Salía del baño. La cisterna del váter seguía sonando al final del pasillo y se alargaba en un goteo de diferentes resonancias, como una especie de código morse. Un sonsonete de agua silbando sin cesar, amenaza o anuncio de algo.

—Elio... Dame otro beso.

Pinchaba.

—Sí, abuela. Acabo de llegar.

Me desplomé en el sofá verde con las dos manos hundidas entre los cojines. Sentí algo frío en mis dedos. Era una moneda. La miré. Me la metí en el bolsillo.

—Ya me han contado tu hazaña.

Observé que mis zapatillas estaban mojadas; sin embargo, lucían limpias, tanto la suela como los cordones.

La abuela se acercó y me susurró al oído:

—¿Es cierto todo lo que dicen?

Y entonces volví a sentir el aire en la cara, los pies más fuertes que nunca y mis brazos aleteando para coger impulso desde el bordillo de la acera. Una pisada, otra... y ¡zas! El charco quedaba bajo mi figura mientras yo apostaba todo a lo grande. Las caras de mis amigos, esos que siempre decían «no puede, no puede» a cualquier intento, en mi nuca, clavadas sus miradas en mi proeza.

Oí gruñir al periquito.

Los pájaros se apartaron a mi paso, o eso noté, el viento de sus alas dándome impulso para ganar, para ganarlos. Eran la tracción invisible, el lazo que me ayudó a elevarme sobre el agua.

La abuela parecía escuchar mis pensamientos.

—¡Ya está el periquito molestando! Un día lo voy a soltar.

Miré al bicho.

—E... Eli... Elio.

Me obligó a mantener la mirada en su jaula y mi sensación fue la de elevarme del sofá y abrirle la portezuela en dirección a la ventana. Parecía que pedía por favor que desenroscara el hierro que la vieja había puesto para asegurar el cierre, como si en lugar de un periquito fuera un águila. Verde y amarillo, aburrido en su columpio, el bicho fue el centro de mi atención. Qué oscuro todo. Parduscas y llenas de bordados desgastados, las cortinas que cubrían el ventanal eran otro cierre forzado que ensombrecía aquel salón. ¿Qué hacía allí? ¿Cómo había llegado hasta su casa? ¿Por qué, tras el gran salto, un imán me había conducido hasta la casa de una mujer a la que apenas conocía?

Vi que la abuela me miraba con extraña atención. ¿Podía escuchar mis pensamientos?

—¿Quieres cenar? Se está haciendo tarde y... lo mismo tienes hambre.

El periquito picó el hueso de sepia seco y sucio de su jaula. Pic pic. Yo tragué saliva y sentí cómo bajaba por la garganta hasta el cuello del estómago.

En toda aquella escena había algo angustioso, y en la casa, una sensación de desastre y un olor a balsa de riego podrida en medio de un calor sofocante. Detrás de la abuela, en pie con el bastón de empuñadura que en algún tiempo fue dorada, estaba la foto de ella con veinte años, en una chimenea postiza de cartón, con recogido y corpiño estrecho, poderosamente delgada, lo que aumentaba la impresión sombría del conjunto. El señor de traje y alpargatas lazadas era su padre, mi bisabuelo.

—¿Cómo se llamaba?

—¿Quién?

Señalé la foto.

—Roque. Era mi padre... —empezó a evocar sin apartar la mirada de la pared.

Yo estaba aún saltando. Alargándome sobre el suelo. Bien sabe Dios que deseaba ese salto como nada en la vida y que mis intentos siempre habían sido aliviados con agua oxigenada y mercromina. Mi madre me curaba las heridas sin saber que mi suerte no era la de ganar a los demás en distancia. Que la victoria solo era una marca de chocolate. Y yo era feliz en mi desastre, en mi segunda fila, que ya era más mía que nunca, en la que me había empadronado; que esa gloria de los demás no me venía dada físicamente, y prueba de ello era la torpeza y los vanos conatos de ganar hundidos en fango. «Nunca más —me dije en voz alta una de esas veces—, no voy a competir nunca más», y me sentí acabado y relajado al mismo tiempo. Acabado y relajado. Es verdad que yo era flaco y más bien débil, que no era el chico desgarbado que era Vicente, ni el fuerte que era Ferrer, ni el robusto que era Antonio. Era al que escogían al final en los juegos de competición, hasta que dejé de ponerme en la fila para ser elegido. Ese día que perdí, gané. Ese día que dejé de rivalizar, vencí. Pero esto lo sé hoy, entre la nostalgia y el café con leche de media tarde.

«Si quieres, márchate —me dijo Vicente, jefe de aquella jauría. Me dio un puñetazo en el hombro y añadió—: Eres un maricón, me das asco.» Vestía una cazadora vaquera, de Levis etiqueta roja, calzaba deportivas de marca y, naturalmente, mandaba mucho. Era curioso el poder que ejercía sobre los demás, que asentían. Él era el que decidía los horarios para quedar en los recreativos, el que puso nombre a la pandilla —algo en inglés que había leído en una canción de Depeche Mode—, qué se compraba para las fiestas, qué película íbamos a ver, qué hacer y a quién hablar. Fumaba sin tragar el humo y siempre llevaba chicles en el bolsillo. Meaba en el muro del colegio y tenía auriculares para hacer el vacío. El vacío. Un día me preguntó qué iba a ser yo de mayor, el resto calló, yo no supe qué decir. Vicente dijo que él sería rico. Todos rieron. El vacío otra vez.

«Y tú, maricón.»

Callé. O me calló.

¿Qué pintaba yo allí? Y caminando, silbando no sé qué canción, me fui a casa; pero cuando llegué no toqué el timbre, fingí que seguía jugando en la calle; estuve sentado al final de las escaleras de mármol, donde los contadores de la luz. Un metro cuadrado oscuro y frío, pero seguro como una celda.

—Bueno, ya está bien, abuela, ya —dije—. Me tengo que ir. Me espera mamá.

Ella manifestó cierto desprecio en su gesto. Opté por mirar a la mujer de la fotografía.

—¿Tienes miedo?

Y entonces lo sentí.